

**LA MUERTE DE UN CABALLERO
(A PROPOSITO DE DON CARLOS ARCAYA)**

Carlos González Batista (*)

Mucho se ha hablado del fin de un concepto de excelencia vital *in stirpe*, de un sistema de virtudes que gobierna la conducta personal, luz libre del celemín que endereza hacia una antigua peregrinación, cuyo fin es de algún modo su mismo trayecto: la Ciudad de Dios. Inmerso en un antiguo fervor por los suyos y por la tierra sembrada en su corazón, el pasado mes de mayo murió cerca ya del nuevo día don Carlos Arcaya. La historia y mitología familiar, imposible sin la ciudad ancestral, encarnaron en él por vez primera durante el célebre Congreso Mariano celebrado en Coro en 1928. La familia Arcaya Urrutia, y Carlos, el niño nacido en Caracas de apenas siete años se alojaron en aquella vieja casa que empina la proa altiva de su balcón sobre la esquina de San Clemente, anclada en una ciudad castigada de siempre por viento y polvo infinitos, pero iluminada con pureza por esa luz espléndida que tiene la ciudad en horas extremas del día. Allí comulgó con Coro e hizo su primera comunión. Nunca fue especialmente religioso, pero recordaría siempre con unción la ceremonia, al igual que la plaza de lirios que no son lirios y de fuentes sin agua, que sólo sirven para mojarse de sombra a la vera del cují vuelto cruz que fundó a Venezuela. Pero el hijo del ministro, del representante máximo de aquella jerarquía política pedaleaba a su sabor por las calles de Coro en su bicicleta nueva, empapado en lo que era, y Coro curaba de tanta distancia, de tanto oficialismo, de tanto desapego cosmopolita, para el niño era el regreso, y la felicidad total.

El ser humano es cifra privilegiada de la naturaleza real de la historia, y de su verdadero tiempo. Los sucesos y las fechas no desfilan, conviven. Esa convivencia y más, esa posibilidad de ser parte de ella, es la característica esencial de la historia. Quien en 1928 hacía su primera comunión y descubría la ciudad de sus mayores, el hombre joven que en 1940 egresaba de Princeton, volvía al

(*) Socio Correspondiente en el Estado Falcón.

país y reencontraba a Coro, y el de 2001 expresando su última voluntad en su casa de Prados del Este, es uno y el mismo, creciendo, siendo. La posibilidad inaugurada por la historia, difícil desde luego, es la de estar radicalmente en cualquier momento y en todos: en la vertiginosa simultaneidad que es también absoluta paz y fijeza de ese “aleph” que dice Borges. Hemos hablado de historia, sobre su carácter y función, pero no como vida, y es esa, precisamente, su mejor definición. Carlos Arcaya era tan del siglo XVIII como actual, y una demostración viva, sensible, de esa posibilidad que la historia inaugura. No era la memoria tan sólo que lo llevaba a revelar hasta minucias domésticas de su familia acaecidas hacía centurias, no era esa memoria personal y familiar lo histórico en Arcaya, aunque nos diga de paso sobre su forma de encarnarlo, en realidad todo él era historia asumida. Comulgar con Carlos Arcaya en 1928, regresar al país con él en 1940, o morir con él en 2001 es saber de esa posibilidad ingente, de esa indicación hacia la vida que somos todos.

Leo en el prólogo de sus memorias publicadas en 1992 bajo el título de **Recuerdos de medio siglo** algunos de sus deseos e invocaciones: a preservar la unidad familiar, a la existencia como cumplimiento ético, y al culto de los antepasados, programa que sin proponérselo el autor habría suscrito sin vacilaciones el fundador de la progenie, aquel Ignacio Luis de Arcaya y Lezama al sentir los inconfundibles pasos de la muerte en 1786 por uno de los corredores del ható del Cardón. Arcaya fue un agudo analista político y cabal interprete de su tiempo. Ramón J. Velázquez creo que con razón ha notado que el haber pasado buena parte de su infancia y juventud en el extranjero ayudó a forjar su forma analítica y objetiva de encontrarse con el país. No había en él desapego sino una actitud reflexiva, una suerte de “aloofness”, de distanciamiento elegante marcado por un dejo de escepticismo, no menos sufrido ante el crudo país que le tocó en suerte. Señala Velázquez a quien vimos llegar a las honras fúnebres aquella tarde de mayo, que Arcaya revelaba en pausadas conversaciones “su conocimiento de los siglos coloniales y de los confusos del siglo XIX o el panorama de los tiempos más cercanos en los que su ilustre padre fue protagonista, hombre de poder y víctima de primera categoría”. Ciertamente fue el mejor biógrafo de su padre y las páginas que escribió al respecto resultan invaluable para quien desee adentrarse en el universo del insigne historiador y bibliófilo falconiano. Por años tanto él como su hermano Pedro Manuel han sido incansables defensores y divulgadores de la obra paterna y ambos, en gesto de generosidad hacia Coro, donaron en su nombre al Archivo Histórico los documentos que fueron del historiador, enriqueciendo desde entonces ese legado documental con nuevos aportes. Mucho antes, con sus primos, habían donado la casona familiar para fines culturales.

Era un caballero y fue educado como tal en Francia y los Estados Unidos. Pudo quedarse y ser lo que la cultura moderna y un tanto anodina llama un

“triunfador” en cualquier gran ciudad de la Nueva Inglaterra, donde tenía magníficas relaciones. Prefirió en cambio ingresar al país y ser un coriano discreto y permanente. Jamás una salida de tono o una concesión vulgar al auditorio, esa contención que fue su vida no era sino trasunto de otra de sus cualidades: una absoluta honradez. Entre 1967 y 1980 ejerció cargos de elevada responsabilidad en materia de política habitacional e hipotecaria, cargos que a otro, sin su honestidad y sin el estricto sentido de la responsabilidad que le imprimía a sus funciones hubieran reportado grandes beneficios económicos. Pienso que el escrúpulo en el servicio fue su especial manera de probar aquel programa de vida, de templario, y una forma de apreciarse en secreto (“perché tale estima ch’io mi tenga in cor mio” diría Leopardi) pero fue así mismo una acerada demostración de amor por un país que no lo distinguió especialmente, como sin duda merecía. Una prueba como ésa, sin alardes, una demostración personal y secreta, bastaba a su conciencia.

Lo conocí en Coro en 1984 con motivo del homenaje rendido a su suegro el Dr. Antonio Smith Monzón, evento que habíamos propiciado desde el año anterior junto con Hermán Henríquez, y poco después volvimos a encontrarnos; almorcé con él y su esposa Alicia en un restaurant de los alrededores, hoy desaparecido. Recuerdo que hacia el final de la comida la conversación había derivado inadvertidamente a la historia familiar. Refería que, siguiendo la tradición, su madre por deseo expreso del historiador Arcaya, y año tras año hasta su muerte, ordenaba una misa en la capilla de los Dávalos-Chirino en la catedral de Cádiz. Dávalos-Chirino era su bisabuela, la última en llevar aquel apellido de larga historia. Sería la densidad de tantos afectos y recuerdos, pero me extrañó un silencio largo en su voz opaca, al levantar la vista vi lágrimas rodando por aquel rostro imperturbable.

A su elegancia vital desearía agregar el estoicismo y cierto fatalismo de quien quiso apurar su historia hacia un fin que presentía próximo e inevitable. Pero sería falso presentarlo como un Séneca redivivo. Poseía un agudísimo sentido de humor, un humor muy suyo, era el *wit* anglosajón injertado en el arbusto de la picardía criolla, algo irrepetible. Al visitarlo el pasado año en su casa pensamos que no era imposible verlo otra vez en Coro, lo creímos porque ante nosotros no se permitió siquiera el mal gusto de lamentarse. La noticia de su muerte nos sorprendió, sólo entonces supimos del verdadero cuadro de dolor que aquejaba al amigo, de la magnitud de un sufrimiento llevado por tanto tiempo en silencio.

En mayo, ver su cuerpo allí, expuesto en un salón acristalado y altísimo, en una suerte de lujoso centro comercial del duelo, erigido en una perdida y fría colina de Caracas, expuesto él que fue siempre todo discreción, me hizo entender mejor a don Carlos. Al despedimos, su compañera de toda la vida, entre

el ahogo del llanto nos dijo que en quince días estarían en Coro, pues “Carlos dejó escrito que sus cenizas se dispersaran en los Médanos de Coro”. Ese deseo personal, casi secreto, conocido apenas por su familia nos remite a la intención vital de Carlos Arcaya, quien consumada su vida la ofrenda a la profundidad de su propia historia. Monseñor Iturriza quien desde hace años insiste en que debo aprender a leer la cambiante escritura de los Médanos, me obliga ahora a leer también allí la vida de don Carlos. Pura e incesante será su vuelta, su nueva comunión en Coro.